

PRECIO EN MADRID.

Por un mes, 4 reales.
Por tres id., 11 »
Por seis id., 21 »
Por un año, 40 »
Sale los miércoles y sábados.

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripción cuyo importe no se reciba con el aviso, en libranza ó sellos. La correspondencia, al DIRECTOR DE GIL BLAS.

DIRECTOR, LUIS RIVERA.

GIL BLAS

(SEGUNDA ÉPOCA)

PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Administración, 15 reales.
Por seis id., 28 »
Por un año, 50 »
EXTRANJERO.—Tres meses, 30 »
ULTRAMAR.—Un año, 6 pesos.
Se suscribe en la Habana: Propaganda literaria, calle de la Habana, num. 400.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
Huertas, 10, principal.

Toda suscripción hecha por comisionado, costará un real más en Madrid y dos en provincias.

REDACTOR EN JEFE, EUSEBIO BLASCO.

NOTICIAS FRESCAS

¿Qué pasa?—De cómo no pasa nada.—Las bofetadas.—Los bufos.—Las suripantas.

Nada sucede.

No se puede dar existencia más tranquila.

Parece que todos los sucesos, todas las cosas graves y todos los faits divers que pueden dar abasto al periodista se escurren honítamente, como diciendo:— Ahí te quedas.

Los últimos días de calor son terribles.

Todos los años se parecen.

En una semana ha habido en Madrid diez ó doce cuestiones públicas.

Ya es un sugeto que se tropieza con otro al doblar la esquina, y deshace ó le deshacen un callo.

Ya es un marido que se irrita porque un pollo llama bellísima á su mujer, así como de paso.

Ya es un mozo de cordel que se enfurece porque otro en un rapto de furor le llama indómito, palabra que le choca mucho, porque no la entiende.

Y ya sea por esto ó por lo otro ó por lo de más allá, el caso es que las bofetadas se cotizan muy bien, y hay buena cosecha de garrotazos.

Convengamos en que es muy hermosa la primera bofetada.

El que da primero, da dos veces.

El primer avance es, por lo tanto, ventajosísimo.

Además, la primera vez se le perdona á cualquiera; y la ley y la autoridad (hablo de esos vigilantes que intervienen en los quantazos públicos), comprenden, y hacen bien en comprenderlo así, que el primer arranque es disculpable.

Y por último, la bofetada es conveniente, porque desarrolla los carrillos del que la recibe y calienta la mano del que la da.

Propongo á los prácticos el siguiente tema:

«De cómo la bofetada puede influir en el desarro-

llo físico y moral de la sociedad española, según y conforme, por mayor y menor.»

Este tema produciría grandes discursos.

Y grandes alternativas y reveses.

Y habria que discutirlo á palos.

Pero siempre seria un espectáculo nuevo.

Y á propósito.

Mañana es la primera funcion de la temporada en el teatro de los Bufos.

Se asegura que este año la moda va á ser más exigente que nunca.

Las señoras están muy contentas.

Los sombreros serán grandes, para que lo tapen todo. Los vestidos cortos, para enseñar el pié, y así estaremos todos á los piés de las señoras.

Al consecuencia de la abundancia de niñas bonitas en todos los coros y acompañamientos de los teatros de Madrid, la estadística va á sufrir grandes desventajas.

Hé aquí un curioso diálogo entre un señor padre y un doctor célebre:

—Doctor, mi hijo se muere; por Dios, dígame Vd., ¿con qué le curaríamos?

—Sepamos antes qué padece.

—Mire Vd., él padece... padece... en fin, el caso es que se ha enamorado perdidamente de una suripanta.

—¡Ah! ¿no es más que eso? Pues le curaremos.

—¡Gracias, doctor! Dígame Vd. el remedio.

—Es muy fácil. Déle Vd. una cucharadita de suripanta por la mañana, y otra por la noche.

Eusebio Blasco.

LAS NOTABILIDADES DEL DIA

EN TODOS LOS RAMOS.

DUMAS (PADRE).

Los traductores de sus obras, nos han vengado de sus injurias.

Merece por lo tanto formar parte de esta galería: allá va su retrato.

Dumas, padre, que tendrá hoy sesenta y cuatro años, es mulato. Desde muy niño vino á Francia, y dotado de una fogosa imaginación, de un claro talento, y sobre todo, de una actividad asombrosa, no tardó en realizar su sueño dorado, que era ganar mucho dinero y adquirir una inmensa popularidad.

Sus primeros ensayos teatrales le valieron la amistad y la protección de Talma, del mismo modo que un poco antes su buena letra le habia valido un puesto en las oficinas del duque de Orleans.

Pero no bastando á su actividad el teatro, eligió un campo mucho más extenso, el de la novela, y nadie ignora hasta donde ha sabido cautivar á todos los lectores del mundo.

Tampoco ignora nadie que su fenomenal fecundidad se ha debido, más que á un prodigioso y continuo trabajo, á su conciencia, un tanto elástica.

Ocho ó diez escritores, algunos de ellos muy conocidos hoy, escribian sus novelas y él las firmaba.

Habiéndole llegado á pagar en los periódicos dos francos por cada línea, despues de inventar los incensantes puntos y aparte, y los diálogos por este estilo:

—¿De veras?

—Sí.

—¿Está Vd cierto?

—Ciertísimo.

—¿Si parece mentira!

—Pues es verdad.

—¿Y Vd. cree?...

—Pues no he de creer.

—¿Qué horror!

—Cálmese Vd.

—¡Imposible!

—Sin embargo...

—¡Oh! no.

—¡Ah! sí.

Total, veintiocho francos, ó sean más de cien reales. Dumas ganaba á este paso mil ó dos mil francos al día; así es que el lujo, la ostentación, la prodigalidad fueron los principales rasgos de su carácter.

Hoy edificaba un palacio, mañana compraba el mejor tiro de yeguas de París; vivia una semana á la oriental con circasianas, eunucos y esclavos, y un día despues tenia que declararse en quiebra y comer en un modesto restaurant de 1 fr. 25 céntos.

Cuando llegaban estos momentos, no podía ménos de acordarse de la madre de su hijo, una pobre modista, que era feliz en medio de su desventura, porque su amante habia dado su nombre al fruto de su amor, y le habia prometido no casarse nunca, promesa que ha cumplido hasta hoy.

Desde que comenzó su popularidad, se ha enriquecido y se ha arruinado más de doscientas veces.

Su vida es una continua anécdota.

Su imaginación ha sido para él una vara mágica; todo cuanto le ha pedido le ha otorgado.

Citaré dos ó tres episodios de su vida para caracterizarle.

Un dia, cuando empezaba á estar en el apogeo, fué á ver á un editor y le propuso una historia de la familia de Orleans.

En el momento de entregarle el primer tomo, deberia darle el editor cinco mil francos.

Ocho dias despues de firmar este contrato, se presentó al editor y le entregó un legajo bastante voluminoso, en cuya primera cuartilla se leia: Historia de la familia de Orleans, por Alejandro Dumas, tomo primero.

El editor le dió los cinco mil francos, y guardó el manuscrito.

Algunos días después quiso imprimirlo, y desató el legajo.

La segunda cuartilla estaba completamente en blanco; miró las demás que constituían el tomo, y con asombro suyo vio que había dado cinco mil francos por media resma de papel, en la que si bien era cierto que se podía haber escrito la historia de la familia de Orleans, no lo era menos que todavía no estaba escrita.

Esta estafa hubiera bastado para alejar de la sociedad por algún tiempo á cualquier hombre oscuro; ejecutada por Dumas, padre, fué aplaudida en extremo, considerada como un rasgo ingenioso y celebrada hasta por el mismo editor.

Esto, y su serenidad para dar como suyas las obras ajenas, son pruebas fehacientes de su longanimidad.

Su afición al lujo, á la ostentación, su vanidad, las ha caracterizado su hijo con una frase.

—Mi padre, dijo un día Alejandro, es capaz de ir en la trasera de su coche, para que crea la gente que tiene negro; (no hay que olvidar que Dumas, padre, es mulato y de un color subido.)

Su vida ha sido y sigue siendo una novela: con leer sus Memorias basta para convencerse.

Cuando estuvo en España se empeñó en que le robaran para poder contar á Europa que los bandoleros españoles, al oír su nombre, le habían respetado llenos de admiración; y al efecto encargó á un posadero de Toledo que le preparase una emboscada, diciéndole cómo los falsos bandidos deberían representar su papel.

El posadero le pidió una cantidad bastante crecida, y Dumas se la dió.

Púsose el novelista en camino, y no hacia más que decir á sus compañeros de diligencia:

—Celebraría que saliesen á robarme.

El más leve rumor le hacía exclamar:

—¡Ya están ahí los ladrones!

Pero su desesperación fué inmensa al ver que llegó á Madrid sin novedad.

No tenía razón para quejarse, puesto que había sido robado.

—¿Por quién? preguntará el lector.

—Por el posadero, que se guardó los cuartos, dejándole con el deseo de verse rodeado de salteadores.

De nosotros ha dicho mil picardías y falsedades.

A él se debe la célebre frase de que «el Africa empieza en los Pirineos.»

Cuando él lo dijo por primera vez, había exageración.

Dumas ha tenido que vivir muchas veces largas temporadas fuera de Paris, porque á todas horas se veía su casa llena de gente, y no podía andar por las calles sin que le detuvieran.

Tenía tantos acreedores como admiradores.

Su principal acreedor era su hijo; pero este no le ha pedido nunca la devolución del dinero que le ha dado, que no ha sido poco.

Todo el mundo sabe el papel que representó en la última guerra de Nápoles, su amistad con Garibaldi, su viaje á Rusia, sus conferencias, y su gran habilidad para organizar banquetes, lo cual le hace pasar á los ojos de muchos por el rey de los cocineros de Europa.

Hoy, que ya no tiene muchos ánimos para escribir, saca dinero á los curiosos, hablando.

De un momento á otro debe embarcarse para los Estados-Unidos, y como ya están acostumbrados los parisenses á verle desaparecer y presentarse de nuevo en los boulevares, unas veces vestido de turco, otras de caucasiense y otras con el uniforme de los garibaldinos, no les extrañará, repito, verle transformado en un indio ó en un yanke.

Si á Dumas no le han bastado doce ó catorce tomos para escribir su vida, cómo puedo yo aspirar á retratarle en un artículo?

Una anécdota suya de las ménos conocidas me bastará para conseguirlo.

Una noche, á los postres de un espléndido banquete, se le acercó un rico comerciante y le dijo:

—Sr. Dumas, deseo pedir á Vd. un favor.

—¿Cuál, amigo mio?

—Por lo que tendría de honroso y satisfactorio para mí, desearia, sobre todo, después de haber comido juntos, que Vd. me permitiese tutearle.

—No tengo inconveniente.

—Gracias; pero es que no me atrevo... empiece Vd.

—Chico, le dijo Dumas echándole la mano sobre el hombro; préstame dos mil francos.

El comerciante no tuvo más remedio que darle aquella cantidad por el dulce *tu* que tanto deseaba.

La última noticia que se tiene de él es que ha llamado *compañero* al emperador Napoleón.

¡Ah! Se me olvidaba decir que es alto, corpulento; que su cabellera, blanca y naturalmente rizada, pone más de relieve el cobrizo color de su rostro; que es un tipo perfecto de su raza, y que á pesar de sus años, brilla en sus ojos el fuego de la juventud.

Doy estas señas personales por si acaso se lo encuentran Vds. en el extranjero, para que no se vean en el caso del comerciante.

Gil Blas.

SONETO

No he de decirte, no, cuánto te adoro,
ni he de fijar en tí dulce mirada;
no he de engreirme al verte enamorada
ni aceptar de tus gracias el tesoro.

Nécia serás creyendo que aminoro
mi mal con tu presencia bien hallada,
y ha de ser tu pasión desventurada
viendo en mí decepción, mengua y desdoro.

¡Quiero que dudes por algunas horas
de este amor cuya fé tu pecho ansía,
y me juzgues traidor, tú que me adoras!

Todo esto espero conseguir un día...
para verte llorar; que cuando lloras
desfallece de amor el alma mía.

Eusebio Blasco.

L'ASCIATE OGNI SPERANZA.

Si me fuera posible, sin pasar por vanidoso, hablar un poco de mí mismo, yo os confesaría con sinceridad, que soy lo que se llama un pobre hombre, desde los pies hasta la cabeza, y más arriba y más abajo, como dijo en cierta ocasión quien yo me sé y sospecho que sabeis vosotros.

Renuncio, sin embargo, á esta confesión preliminar, temeroso de que me digais, imitando al confesor de un cuento muy gastado: «sigue, hombre, sigue; que eso ya lo hemos conocido.»

Sentado que soy un pobre hombre, ó un hombre pobre, ó ambas cosas, que no hemos de pararnos en pequeñas gramaticales, calculad si habrá servido de escaso contentamiento á mi espíritu la lectura de las palabras siguientes:

«*Esperamos muy poco del hombre.*»

Examinad detenidamente esas cinco palabras, medita bien acerca de lo que significan, y después de aquel examen y de esta meditación, exclamareis, seguro estoy de ello, *eureka*, como el sábio de Siracusa.

Sucede generalmente con las grandes ideas una cosa extraña; á primera vista deslumbran, y es necesario mirarlas con precaución para llegar á comprender poco á poco toda su grandeza.

Por fortuna mía y para bien de mis lectores, á pesar de mi pobreza de espíritu, he dado muchas vueltas en la imaginación á la frase mencionada, y voy á ofrecer gratis el fruto de estas laboriosas meditaciones.

«*Esperamos muy poco del hombre.*»

Esto se parece á una profecía, como una gota de agua se parece á otra gota de agua; ahora bien: como el humano entendimiento no ha llevado aun sus investigaciones á los sucesos que han de realizarse mañana, habreis de convenir conmigo en que la esperanza tiene su fundamento racional en el recuerdo de lo pasado.

Y siendo esto así, como lo es, ¿quién puede negar que hay muchas y muy poderosas razones para prometerse, no ya poco, ménos aun, de la triste y miserable humanidad?

Muchos años, muchos siglos han transcurrido desde que el hombre es dueño casi absoluto de este valle de lágrimas; y en esos años, y en esos siglos, ¿qué ha hecho?

Comparemos nuestros tiempos con los del padre Adán, y la perfecta semejanza que entre unos y otros existe nos hará bajar los ojos con los colores del rubor en las mejillas, y herida el alma con el despecho de la impotencia.

En aquellos tiempos los hombres morían, y hoy mueren igualmente.

Entonces necesitaban dormir y alimentarse, y en nuestros días sucede exactamente lo mismo.

Las estaciones se sucedían como ahora; al día seguía la noche; los astros caminaban con idéntica tranquilidad.

¿Dónde está, pues, el progreso del género humano? Supongamos un imposible: supongamos que resucitase el primer hombre; ¿cabe dudar siquiera de que lo encontraría todo, absolutamente todo, como él lo dejó?

Pero he dicho mal: no, no lo encontraría como él lo dejó, que lo encontraría ¡oh desdicha! mucho peor.

Hallaría que nuestro necio orgullo había inventado una multitud de necesidades que él desconoció por completo.

Se encontraría con esa locura que llamamos *navegación*, con esa impiedad que se llama ciencia, con ese engaño que recibe el nombre de comercio, y con otra infinidad de miserias, entre ellas los *túneles* y los *telegrafos*.

Una vez probado que desde el tiempo de Adán el hombre nada ha hecho; demostrado de un modo evidente que, muy lejos de adelantar, ha retrocedido; convengamos en que eso de «*Esperamos muy poco del hombre*,» es una reflexión justificada y razonable.

Locura sería que nos detuviéramos en un camino que bajo auspicios tan felices hemos comenzado; sigamos adelante, lector amigo; y después de haber hallado en la historia la justificación más clara de la *célebre frase*, tratemos ahora de obtener las consecuencias, que tengo para mí que no han de ser pocas, sino muchas y muy dignas de consideración.

¿No produce *luto en el corazón*, *llanto en los ojos*, y más que todo eso tristeza grande en nuestro ánimo, el observar cuánto y cuán inútilmente se afana el hombre para perseguir un soñado ideal que nunca podrá ver realizado?

Vosotros, sacerdotes de la ciencia, olvidad la enseñanza; dejad á los hombres que ignoren lo que no es preciso que sepan: sin saberlo han vivido hasta hoy; ¿por qué no han de ignorarlo siempre?

¿Qué? ¿Esperais algo del hombre?

Vosotros, escritores, que predicais la virtud; que tratáis de moralizar; que procurais hacer amable lo bueno; que anhelaís dulcificar los sentimientos, ¿no comprendéis que la humanidad ha de ser siempre mala? Abandonad vuestras predicaciones infecundas. ¿Acaso esperais algo del hombre?

Vosotros, legisladores, que consumís una gran parte de vuestra existencia buscando los medios de prevenir el delito para que llegue el día en que no haya necesidad de castigarlo, ¿qué objeto tienen vuestras vigilias, á qué conducen vuestras tareas, improbas tanto como risibles? El humano linaje no se perfecciona. ¿Esperais por ventura algo de él?

Y vosotros todos, grandes y pequeños, sábios é ignorantes, débiles y poderosos, ¿por qué os fatigais, cuál es vuestra ambición, á dónde os dirigís en vuestra desatentada carrera?

Ilusos, detenéos: no corrais en pos de una perfección imaginaria á que no llegareis nunca. Vedlo, el trabajo del hombre ha sido infructuoso hasta hoy: infructuoso seguirá siendo hasta la consumación de los siglos. Amen.

Gil Pérez.

Post-scriptum. A guisa de oración propiciatoria, pido un voto de gracias para *El Pensamiento Español*, periódico que se publica en Madrid, y que á pesar de eso, ha inventado la célebre frase «*Esperamos muy poco del hombre.*»

ANUNCIO

Un jóven, gallego de nacimiento, tuerto del ojo derecho, aragonés por carácter, de actividad andaluza, y que solo habla vascuence, dará cuarenta reales de gratificación á la persona que le averigüe para qué sirve.

CABOS SUELTOS

El Español traslada á sus columnas, sin reservas, un artículo de *La Cruzada* sobre la espulsión de los jesuitas.

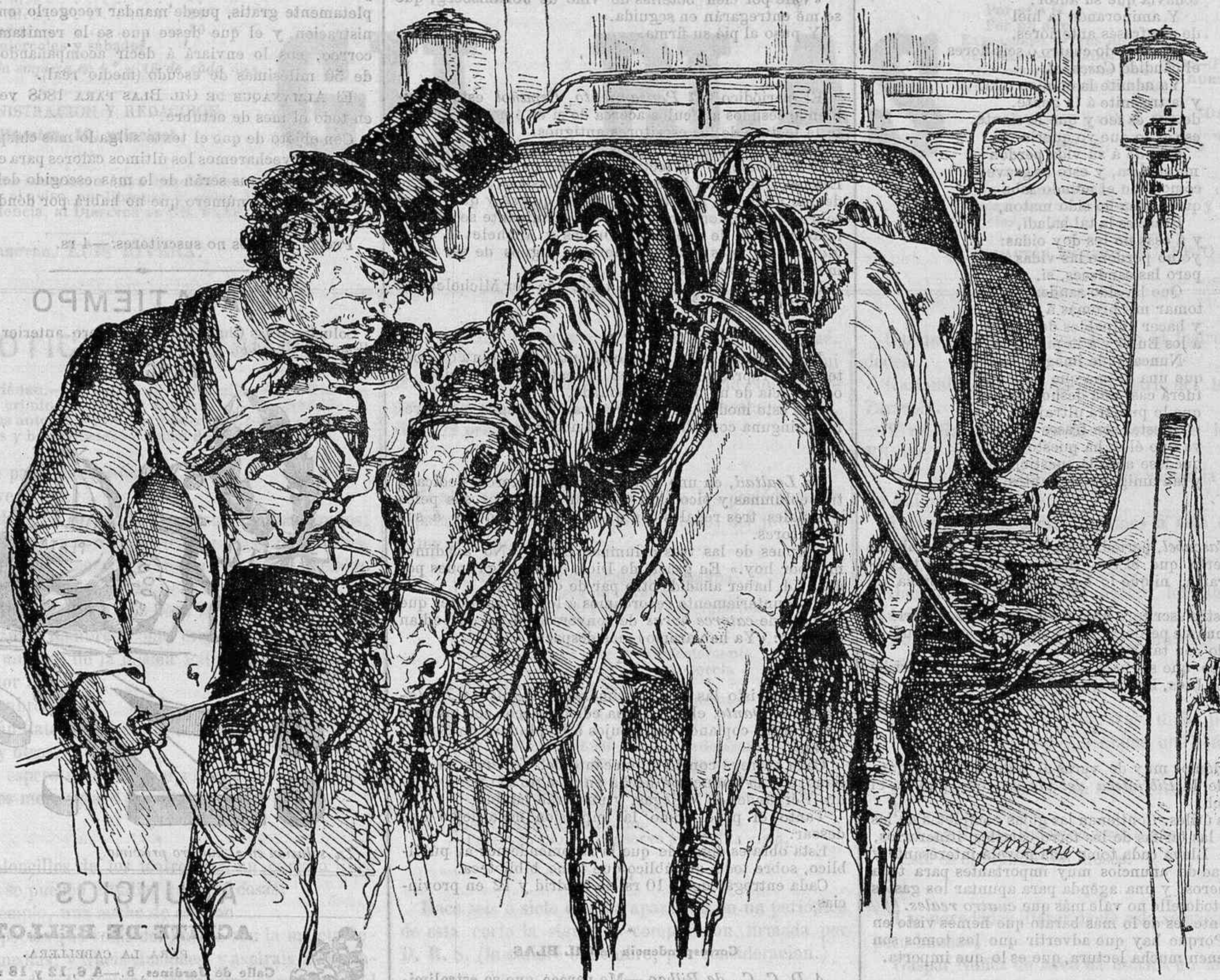
Si *El Español* está conforme con lo que dice ese artículo, hará muy mal en reñir con los neos.

¡Muy mal!

Figúrese Vd. que en ese artículo se prueba, entre otras cosas, que desde la espulsión de los jesuitas data el entierro de la sardina y tiene su origen el teatro Real.

¡Erudición nea, he aquí tu obra!

MONÓLOGO DE UN COCHERO



¡Ah, malditu! Yo tan guapu, y tú tan esmirriau... Cuasiquiera que mus vea ¿qué dirá? ¡Que soy yo quien se come el piensu tuyu!

Á TRAVÉS DE LOS BAÑOS MINERALES

(historia de un soltero cursi).

(Continuación.)

—Pero ahora que recuerdo, dijo el conde, yo creo haber hablado algunas veces á Vds. de este jóven... Me parece haber contado en la tertulia alguna de sus aventuras.

—Tengo como una idea, murmuró la marquesa.

—La primera vez que le conocí confieso que pasé un buen rato. Ya se ve, la sorpresa, la novedad... No estaba yo acostumbrado á su lenguaje ni á su desparpajo.

—¿Se acuerda Vd. de la primera vez que nos vimos, conde? se atrevió á decir Manguela con cierto orgullo.

—Me acuerdo como si fuera ahora. Acababa yo de levantarme cuando me avisaron que un caballero deseaba hablarme con urgencia.—Que pase, dije, y entró el amigo Manguela, con sus lentes puestos y su sombrero en la mano.—¿Qué se le ofrece á Vd.? le pregunté.—Yo soy Manguela, me contestó. Manguela, el célebre, el magnífico Manguela. ¿No me conoce Vd.? Mi reputacion es muy grande. Soy caballero de industria, petardista de profesion y vivo sobre el pais. Un caballero, como Vd. ve que soy, no ha de ponerse á trabajar como cualquier petate. Necesito vivir; Vd. es rico, tiene buena figura, y pensando que debe tener tambien buen corazon, vengo á que deposite en estas manos la cantidad de trescientos reales para mis urgencias. He dicho: espero su respuesta antes de sentarme.— Yo me quedé pasmado al oirle. Le miré de arriba á abajo con cierta

indignacion, y le dije por último:—Hombre, despues de oirle se me ocurren dos cosas: darle á Vd. los trescientos reales y arrojarle por el balcon.—Yo le suplico, interrumpió él, que se decida Vd. por la primera y deseché la última.—Con una condicion.—¿Cuál?—Que no he de volver á verlo.—Eso corre de mi cuenta. No me trato con ingleses. Le di los 300 rs., los tomó, se sonrió, hizo una pirueta, y se marchó tarareando un aire de *Roberto el Diablo*. Verdaderamente me quedé asombrado viéndole marchar con ese aire de taco, sin que su semblante experimentase la más ligera variacion. ¿Quién es este hombre? me preguntaba luego. ¿Qué naturaleza extraña es esa, qué misterio hay en las criaturas destinadas á ser el centro de toda baja y el origen probable de toda infamia?

Al llegar aquí el conde de A... le interrumpió Manguela sonriendo:

—Muchas gracias, ese soy yo, ese es mi retrato. Cada cual busca la gloria como puede. ¡Yo tengo tambien mi popularidad!

El tren habia llegado al Escorial.

Apenas pudo bajar Pacholí, cogió su saco de noche y le dijo á Manguela por lo bajo:

- Sigueme.
- ¿A dónde?
- A otro coche.
- ¿Por qué?
- Yo no sigo en este.
- ¿Qué capricho!

Y Manguela, á regañadientes, cogió su abrigo y siguió á Pacholí.

Cuando el tren partió, estaban los dos en otro coche. En este coche iban varias personas particulares, y en-

tre ellas una señora gruesa, de unos cincuenta años, robusta, morena, con unos pelos largos en la barba y en el labio superior, que le daban el aspecto de un bandido de la Selva negra.

Esta buena señora iba á tomar los baños de mar en compania de una sobrina que llevaba la cara atada con un pañuelo: padecia continuamente de escrúfulas, y parece que llevaba debajo de aquel pañuelo un flemon ó divieso, ó cosa así.

Llamábase la vieja doña Quiteria y la sobrina Casimira.

Era la señora Quiteria viuda de un contratista de tripas del Rastro, que habia llegado á fuerza de trabajo, perseverancia y sisa á reunir un capitalito. Empezó, como hemos dicho, comerciando en tripas; puso despues un puesto de carne, y últimamente le sopló tanto la suerte, que logró establecerse en una tienda de carnicería, en el centro de Madrid.

La señora Quiteria habia seguido todos los grados, en union de su esposo, que eran precisos para acabar por darse tono de persona acomodada.

Llamábase en el Rastro la tia Quiteria; en el puesto de carne, la seña Quiteria; y en la carnicería, doña Quiteria.

Su esposo era un buen sugeto, capaz de tirarle las pesas al que se quejara de su peso, y con más fuerza que un mozo de cordel.

Siempre se habia llevado bien con su esposa, y creyó que era imposible que le diese un disgusto.

Luis Rivera.

(Se continuará.)

Confesando al fin su error
á todos sus corifeos,
en unos versos más feos
todavía que su autor,
Y aminorando la hiel
de sus frases anteriores,
me ha echado cuatro ó seis flores
el cándido *Cascabel*.

Ya admite la opinion mia,
y la trasmite á la gente,
de que es feo y que lo siente;
eso es lo que yo queria.

Que dé á su vida perdon
me suplica, y esto es grave;
como todo el mundo sabe
que nunca he sido maton,

Frase es la tal baladí,
y á esas no les doy oidas:
yo no perdono las vidas,
pero las sandeces, sí.

Que ha sido sandez inmensa
tomar mis bromas á pecho,
y hacer culpables del hecho
á los Bufos y á la prensa.

Nunca pude imaginar
que una broma que le honra
fuera casi una deshonra
que le pudiera ultrajar.

Si estas son frases bastantes,
ya que él se ha puesto en razon,
quédese aquí la cuestion,
y tan amigos como antes.

Dice *El Cascabel*, periódico amigo de los académicos:
«No es cierto que el Sr. Hartzenbusch haya terminado su drama, ni que lo haya ofrecido á empresa alguna.»

«Este ilustre escritor, que no hace mucho sufrió la horrible pena de perder á su compañera, cuya salud se ha resentido con tan rudo golpe..... etc.»
¡Ya lo creo que se habrá resentido su salud, si ha muerto! ¡Por Dios, hombre, por Dios....! ¡Un poquito de cuidado!

Recomendamos muy de veras al público los elegantes tomos de la *Biblioteca del viajero* que publica el Sr. Domenech.

Son libros útiles. Contienen las guías completas de las poblaciones, las tarifas de los ferro-carriles, itinerarios, precios, etc. Lleva cada tomo una novela interesante y gran cantidad de anuncios muy importantes para toda clase de viajeros, y una agenda para apuntar los gastos del viaje, y todo ello no vale más que *cuatro reales*.

Francamente, es de lo más barato que hemos visto en su género. Porque hay que advertir que los tomos son bonitos y tienen mucha lectura, que es lo que importa.

Problema.

Si una cajita de plumas de acero cuesta seis reales, ¿cuánto costará un pantalon blanco?

Otro.

Si Adan hubiera comprado un titulo de conde, ¿seriamos todos nobles?

Otro.

Dada la elevacion del palo mayor, y las toneladas de un vapor de hélice, averiguar la edad del capitán.

Un enorme cartel, colocado en todas las esquinas de Madrid, anuncia

Las plagas de un pueblo.

¿Es un solo libro, ó la coleccion de las obras del autor?

La escena es á la orilla de un rio.

Un aldeano.—Pescador, ¿duerme Vd.?

El pescador de caña (despertando).—No, hombre, no!

El aldeano.—Pero, hombre, ¿está Vd. pescando sin cebo?

El pescador.—¡A Vd. no le importa nada!

El aldeano.—Pero, hombre, sin cebo ¿cómo va usted á engañar á los peces?

El pescador.—Pues por eso mismo no lo uso, porque yo no engaño á nadie!

Los periódicos han publicado un documento curioso; la cuenta del peluquero de los emperadores de Méjico, por sus servicios de una noche de baile.

La cuenta importa cuarenta y seis mil doscientos ochenta reales.

El príncipe de Merternich manifestó á Julio Janin que tenia gran deseo de poseer un autógrafo suyo.

Julio Janin tomó en seguida la pluma y escribió:
«Vale por cien botellas de vino de Johannisberg, que se me entregarán en seguida.»
Y puso al pié su firma.

El periódico *El Pensamiento Español* está escribiendo sesudos artículos acerca de si es ó no conveniente la lectura de los escritores antiguos.

De los artículos publicados hasta hoy se deduce que si es conveniente su lectura, aunque es inconveniente. Esto es, que deben leerse las obras clásicas, sin embargo de que no deben leerse, más claro, que *sí* y que *no*, y sobre esta opinion tan clara y tan terminante se destaca la afirmacion de que *Sué y Dumas* y *Michelet* é *tutti quanti* son unos malsines, herejes, dignos de ser quemados con sus obras.

Pero señor, por Dios, ¿qué tiene que ver *Michelet* con los autores latinos?

La concesion de un premio al autor de la obra que obtenga 25 representaciones en el teatro del Príncipe, es ocurrencia de un antiguo abonado.

«De este modo, decia ayer á varios amigos, no veremos ninguna comedia más de 24 noches.»

La Lealtad, en uno de sus últimos números, dedicaba tres columnas y pico para explicar con todos sus pelos y señales tres regalos con que piensa obsequiar á sus suscritores.

Después de las tres columnas decia: «No añadimos más por hoy.» En gracia de Dios, caro colega, pues podría Vd. haber añadido otro par de columnas.

Involuntariamente recordamos á los dos amigos que después de *catorce horas* de conversacion se despedian diciendo: «Ya hablaremos más despacio.»

Hemos visto las cuatro primeras entregas de *El Infierno de Dante*, elegantísima edicion hecha con láminas fotográficas copiando los dibujos á la pluma, de Scaramuzza.

Cada entrega consta de un canto del *Infierno* en italiano, con la traduccion hecha en el siglo XVI por D. Pedro Fernandez de Villegas, y una gran lámina.

Tanto el papel como la impresion nada dejan que desear.

Esta obra es digna de que la recomendemos al público, sobre todo, al público que tiene biblioteca.

Cada entrega cuesta 10 rs. en Madrid y 12 en provincias.

Correspondencia de GIL BLAS.

A D. C. C., de Bilbao.—Me parece que se estralimita Vd.

A D. S. P., de Santander.—Ya está Vd. servido.

A D. M. A., de Pozuelo.—No es posible complacer á Vd., porque eso, amigo mio, cuesta muy caro, y los tiempos son calamitosos.

A D. L. P., de Getafe.—¿Sí? Pues me alegro.

A. D. P. Z., de Valladolid.—Ea, amiguito, ya está usted suscrito.

A D. L. O., de Bribiesca.—Tambien por aquí ha llovido bastante. Y á propósito, su artículo de Vd. es de lo peorito que he visto.

A. D. S. P., de Cuenca.—Pegue Vd. mejor los sobres de las cartas, que si vienen sellos dentro se pueden perder.

A doña C. N., de Monzon.—Ya hemos leído eso. ¿Quisiera Vd. marcarme unos pañuelos?

A. D. G. R., de Vigo.—Eusebio se escribe con b. Pero con b minúscula, ¿estamos?

A D. S. S., de idem.—No tengo inconveniente en complacer á Vd. para el número que viene.

A D. C. A., de Madrid.—Venga Vd. cuando guste y le daré un cigarro.

REGALO A LOS SUSCRITORES

GIL BLAS

Este año vamos á echar la casa por la ventana.

Una dolorosa esperiencia nos ha hecho ver que el amable suscriptor paga de muy mala gana 4 rs. por el *Almanaque* de GIL BLAS.

Y no queriendo por peseta más ó menos hacer el papel de tiranos, hemos resuelto REGALAR el ALMANAQUE DE GIL BLAS PARA 1868 á todos los actuales suscritores que continúen siéndolo cuando se reparta dicho *Almanaque* y á los nuevos suscritores que tomen el abono lo ménos por tres meses.

Si después de este sublime rasgo no nos llevan á San Bernardino, confiesen Vds. que tenemos más suerte de la que prometen los tiempos actuales.

Los suscritores de provincia nos harán justicia alegrán-

dose de que no hagamos lo que el sastre del Campillo, por cuya razon, y puesto que la tarifa de Correos está para pocas bromas, todo el que quiera el *Almanaque* completamente gratis, puede mandar recogerlo en la administracion, y el que desee que se lo remitamos por el correo, nos lo enviará á decir acompañando un sello de 50 milésimas de escudo (medio real).

El ALMANAQUE DE GIL BLAS PARA 1868 verá la luz en todo el mes de octubre.

Con objeto de que el texto salga lo más chispeante posible, aprovecharemos los últimos calores para escribirlo.

Las caricaturas serán de lo más escogido del repertorio, y en tanto número que no habrá por dónde cogerlo sin quemarse.

Precio para los no suscritores:—4 rs.

PASATIEMPO

Solucion á las Charadas del número anterior:—1.ª *Ballena*.—2.ª *Vestido*.

JEROGLÍFICO



(La solucion en el número próximo.)

ANUNCIOS

ACEITE DE BELLOTAS

PARA LA CABELLERA.

Calle de Jardines, 5.—A 6, 12 y 18 rs. frasco

De la anatomía que sábios fisiólogos han hecho de nuestros cabellos, resulta que los negros contienen hierro en exceso, en los rubios predomina el azufre y el silice en los blancos. Por sus propiedades químicas absorben con facilidad, aun después de muertos, sustancias venenosas que entran en muchos cosméticos, como el óxido de cobre, etc. Usad nuestro *Acete de bellotas*, confeccionado para todos los colores del cabello y recomendado por más de 60 periódicos científicos, políticos é industriales, con preferencia á todos los aceites y pomadas que nos ofrece el comercio nacional y extranjero.—El inventor, L. de Brea y Moreno, proveedor de S. A. RR.

BAZAR DE CALZADO

Calle de la Montera, núm. 2.

Gran surtido para caballeros, señoras y niños; calzado de becerro de una y dos suelas, de vaca, de charol y satén, charol y chagren, becerrillo fino y cabritilla, etc., etc. Lo más elegante de construcción alemana. Precios moderados.

ENCUADERNACIONES

En el obrador de Vicente Martin, calle del Lobo, número 40, se glasea toda clase de papel con la mayor prontitud y economía.

Tambien se doran letreros é iniciales sobre cintas, petacas, carteras, etc., etc.

FÁBRICA DE CORSÉS

PREMIADA POR S. M.

HORTALEZA, NÚM. 1.



Se construyen corsés-fajas para suspender y desminuir el vientre, herniarios y ortopédicos.—4.

PELUQUERÍA DE SISÍ

Príncipe, 3.

Los salones de este acreditado establecimiento han sido reformados y pintados de nuevo, de una manera elegante y confortable. Hay máquina de un sistema nuevo para limpiar la cabeza, á real. Cada parroquiano tiene su servicio de peines, brochas y paños, lo cual constituye el primer aseo de esta clase de establecimientos. Tanto por esto como por la amabilidad de los dependientes, la peluquería de Sisi es acreedora al favor que la dispensa el público.—8

Editor responsable, D. JOSÉ PEREZ.

MADRID: 1867.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.